

Antonio García Rubio (Toño)

Monasterio de Santa María de El Paular

28741 Madrid

Las aguas atrevidas del Lozoya

Domingo de Pascua. 4 de Abril de 2010.

Introducción.

Cristina me lanzó el reto de escribiros algo cada mes para ser leído y comentado en el grupo cristiano. En principio, le dije que no, pues no me veo en una situación como para hacer ese tipo de escritos, y también porque estoy centrado en el monacato, en el noviciado y en la oración, que me atrapan. Pero, pasadas unas horas, volvió la propuesta de Cristina a mi mente, y como no soy capaz de decir un no rotundo a nadie, ante algo necesario, y más si quien me lo pide lo hace de verdad y desde la amistad más profunda, la he dado una vuelta de tuerca en mi ser. Y una vez más, he decidido no ser tan soso y tan aparentemente apartado del mundo real de mis hermanos, que habéis de mantener la fe cada día en frentes complejos y entre los agobios de vuestra vida presente, que no serán pocos.

Así, pues, aquí me tenéis. Ya sabéis que cuando me comprometo a algo procuro no fallar, por lo que sobre mis espaldas, ya muy grandotas, cargo con esta santa cruz de ofrecer os un agua atrevida desde los manantiales del Lozoya, río del que bebemos la mayoría de los madrileños.

Ojala que esta agua monástica sea tan atrevida y tan viva como la que ahora, cuando inicio estos oficios, se ve bajar por el Lozoya, consecuencia de tantas lluvias, de tanta nieve y de tanto y tan prolongado invierno.

Año de nieves, año de bienes. Que lo sea así para las víctimas de la crisis, de la brava naturaleza y de la desidia de los poderes de este mundo.

Tú que en el aprieto me diste anchura

Procuraré hablaros de la vida real. No es fácil hacerlo desde el monasterio. No porque en el monasterio no exista la vida real, vive Dios, sino porque la vida real que vivimos los monjes, difiere un poco bastante de la vida real que vivís los que andáis por ahí, perdidos en medio de los sinsabores de la sociedad actual.

Me veo obligado a narraros algún hecho real de esta vida, que sirva como punto de referencia, aunque pronto acabaré aterrizando en las vuestras, en las que no han dejado ni quiero que dejen de ser las mías.

Al llegar al monasterio, le pedí permiso al prior para dar un paseo cada tarde, mientras algunos de mis hermanos dan una cabezadita, después de comer, de tres a cuatro de la tarde. No hubo problema y el permiso me fue concedido. Me impuse la necesidad de andar, por salud física y mental. Salir hasta las Presillas para dar un paseo solitario a esas horas de la tarde era para mí un gozo contenido, un saber que también seguía siendo parte del mundo que queda fuera del monasterio. Era muy feliz con algo tan simple.

Sin embargo, tras dos meses en el monasterio, y como no hay felicidad que cien años dure, el prior, el sabrá porqué, me ha prohibido, en virtud de la Regla de San Benito, salir fuera del monasterio. La decisión la recibí bien, pero pronto se me tornó angustiosa y me creó un clima enrarecido en el corazón. De pronto, me sentí, cosa que no me había pasado hasta ese momento, encerrado, encarcelado y sin libertad. Incluso llegué a alardear previamente con algunos hermanos que me visitaban de que ahora, en el monasterio, me sentía más libre que nunca. Pero la decisión del prior, he de reconocerlo, me angustió, me achicó el alma, me suprimió la sonrisa, me sentí apretado, constreñido, prensado, oprimido... ¿Todo eso? Algo parecido. Los narradores somos muy dados a jugar con las palabras y con la fantasía. Pero, realmente me experimenté a mi mismo malamente, incomodo, como un

preso. Nada le dije al prior. Callé y sufrí. Él sabe lo que hace. Yo soy un pipiolo, una larva de monje.

A la misma hora en que otros días podía pasear libremente extra muros, me puse a pasear por el interior de la finca monástica, mientras llovía, por la única zona asfaltada que tenemos dentro del recinto. Mientras lo hacía, escoltado por viejos muros de piedra cartujanos, la verdad, me sentí desfallecer, incapaz de seguir con el sufrimiento estéril que me había provocado la justa decisión del prior, que, basándose en la Regla de San Benito, recuerda que todo monje debe permanecer en el recinto del monasterio.

Os preguntaréis por el motivo de la narración de esta simple y pobre anécdota de la vida de un mal aprendiz de monje. Una historieta que a la mayoría no os dirá nada y que, incluso, os parecerá una nimiedad comparada con los graves problemas que afectan hoy a la humanidad o los que vosotros mismos acarreáis diariamente a vuestras espaldas. Tened un poco de paciencia.

Lo mejor me vino después. En la oscuridad y el agobio que experimentaba se me dio la gracia de poder abrirme al Señor, de respirar hondo y de pedir luz, con el fin de saber qué es lo que me estaba sucediendo para que se nublase tanto el sol y la alegría que me habían acompañado hasta el momento presente. Yo tenía la sensación de haberlo entregado todo. Sin embargo, de pronto, pude darme cuenta de qué no era así. Me estaba agarrando a algo nimio, pero me estaba atando a ello como si se tratara de una conquista de mi libertad. Aquí, al Monasterio, yo había venido para entregarlo todo, sin miedo, sin contraprestaciones, sin negociaciones, sin condiciones. Todo. "Sólo cuando entregues todo serás libre", había escuchado como palabra de Cristo para mí en mi interior, y no sólo una vez, sino en repetidas ocasiones de mi vida. Ehus, si recordáis, se sintió absolutamente libre pocos días antes de morir, cuando por fin se logró desenganchar incluso de aquellos a los que más quería. Yo sabía que mi entrega en el monacato debía ser radical, pero, y ésta es la historia, me agarraba a algo, como para saberme yo, para saberme libre, para saberme alguien. Me falló la confianza radical en el Señor. Era la prueba, la tentación. ¿Sería verdad todo lo que había arriesgado?

Y me vino de pronto la Palabra. El Salmo 4, 2: "Tú que en el aprieto me diste anchura". No hizo más que caer esa palabra en mi corazón oscuro y vacilante, y se produjo en mi interior una profunda revolución. Me sentí lleno de comprensión, de luz y de felicidad. Recuperé en segundos la alegría. La causa de mi locura es Jesús. Él es el que me da anchura cuando estoy apretado. Él es el único que puede hacerlo. Por Él he hecho la locura de venirme al monacato. Él es el artífice de mi vida y de mi fe. Por Él lo he dejado todo. Por Él quiero llegar al despojo total de mi persona, y no quedarme con nada. Y es Él el que me sale al encuentro en el aprieto de esos muros que me robaban la respiración y la libertad, que me oprimían. Y allí, en segundos, respirando hondo y libre, reencontré la paz, me volvió la alegría, supe el porqué de mi estancia en el monasterio y en la vida, y me experimenté iluminado, lleno de sol a pesar de la lluvia persistente. No me hacía falta nada más. De nuevo estaba feliz y los muros se derribaban uno tras otro en ese mismo instante. Sentí la ternura y la misericordia de Dios que no se acaban. Volví al centro, al único centro, el del Ser de Dios para nosotros, a Jesucristo, que me devolvió la calma: "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré..." Mt 11, 28-30. Me supe abrazado, amado, libre, inmensamente libre, consciente de que el que renuncia a su libertad la gana, como el que ama su vida la pierde y el que la entrega la gana (Jn 12, 25). En fin, una historia de monje principiante.

Pero, vayamos a vosotros. Porque todo esto lo he contado pensando en vosotros y como y una revelación y un regalo para vosotros: ¿Cuántos no os sentís agobiados, oprimidos, asfixiados, apretados, atrapados, encarcelados por situaciones familiares, laborales, personales, por hábitos negativos, por el dinero, por el qué dirán, por lo físico o lo psicológico, por el pasado, por los hijos, por el matrimonio, por el cansancio, por lo repetitivo o lo reiterativo, por el mal que ronda, por el jefe, por la situación política o laboral, por el miedo al paro, por la falta de sustento, por el pecado...? ¿Cuántos no habéis sentido en momentos diferentes de la vida algo parecido a lo que experimentó este pobre monje para poder ahora narrároslo? Y, ¿qué hacéis, qué haces cuando te sientes así?

La mayoría de la gente se machaca, se aguanta o murmura, se revela o se enfurece, se violenta y transmite esa misma violencia a los que están cerca de él o sobre los que tienen poder o autoridad. Ya sabéis la historia del pobre al que se le da una gorra de plato y puede mandar. Allí donde caiga será peor que un cabo chusquero. O el de la parábola de Jesús al que se le había perdonado todo pero él fue incapaz de perdonar a un compañero. Cada uno reacciona de un modo diferente, pero casi todos malamente, torpemente, dejando que la vida nos queme por dentro, nos destruya, y así vamos transmitiendo cansancio, inseguridad, violencia, malos rollos, imposiciones, y maldades diversas, además de inventarnos dobles vidas y subterfugios, generalmente negativos, en los que sobrevivir, o gracias a los que sobrevivir en un mundo tan ingrato como el presente. Hay demasiados muros que derribar y no podemos con ellos.

Pensadlo detenidamente.

¿Qué pretendo transmitir? Existe un camino de retorno, una llave que abre la 'puerta estrecha' de la vida, una salida al laberinto de la vida. No os deis por vencidos. Orad. Entrad en silencio, aunque aparentemente os machaquéis en pensamientos negativos, y 'buscad, pedid, llamad...' Él aparecerá, tarde o temprano aparecerá y traerá consigo una palabra liberadora, una palabra sabia y santa que os liberará, que os devolverá la confianza absoluta en el único poder en el que se puede confiar de verdad, serenamente, en el del Señor.

"Tú que en el aprieto me diste anchura".

Qué grandes son los caminos del señor, amigos. Qué grande es el amor que se nos ha dado, el de Aquél que no dudó en aceptar la cruz y subir al Calvario para nuestra libertad y salvación, Hoy es domingo de Pascua y yo, en lugar de pasear por el monte, que hoy sí puedo hacerlo libremente porque hay paseo libre para toda la comunidad, estoy aquí como lo que soy..., escribiendo palabras de vida para vosotros.

¡Alabado sea el Señor!

Esto es lo que os puedo decir en esta ocasión. Seguro que no os servirá para mucho. Si es así decídmelo para poder pasear los domingos, pero si os sirve para algo, entonces doy por bien empleado el haber estado aquí, junto a vosotros y vuestra santa pelea por sobrevivir en la fe en Jesús en medio de un mundo enrarecido e injusto, sentado en el ordenador y dándole santas vueltas a la vida y al Señor Jesús.

¡Feliz Pascua de Resurrección!

Que estos días de Pascua sean para vosotros una torrentera de agua viva, y si es posible del Lozoya, que no es moco de pavo.

Dad besos a vuestros hijos.

Toño.